

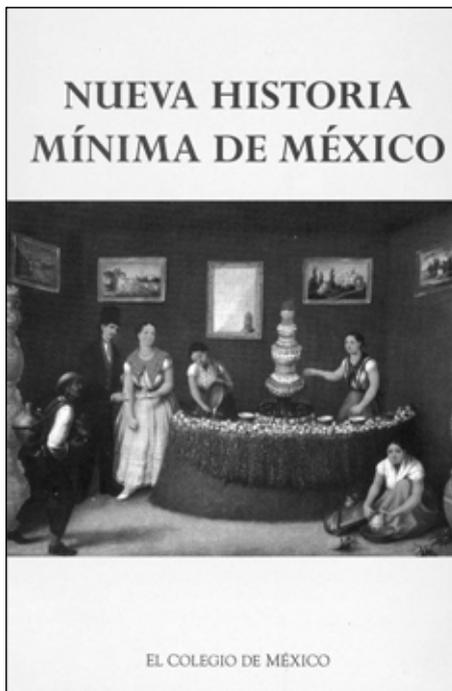
Historias mínimas

José Woldenberg

i. La idea de ofrecer una historia mínima del país abrió la puerta. La iniciativa de Daniel Cosío Villegas de reunir a un grupo de especialistas de alto nivel para integrar un relato ordenado y analítico del transcurso de México corrió mercedamente con inmejorable recepción. No sólo llenaba una laguna, sino que mostraba que era posible conjugar los esfuerzos de historiadores destacados para dar a luz una historia amplia de México. Apareció en 1973 y a lo largo de los años tuvo dos ediciones y 21 reimpressiones, lo cual significó 677 mil 500 ejemplares. Fue traducida a diferentes idiomas y puede decirse que en ella se informaron y formaron varias generaciones de mexicanos. Pero el proyecto se iniciaba y cerraba con esa edición. Era un fin loable en sí mismo y, hasta donde alcanzo a ver, no tenía por qué tener descendencia.

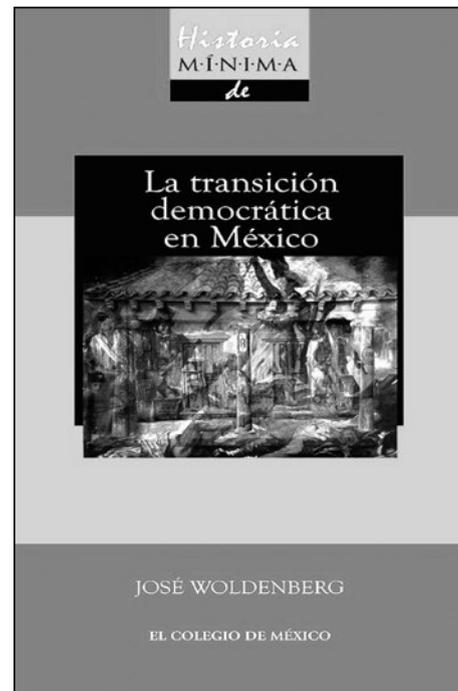
En 2004 vio la luz la *Nueva historia mínima de México*, que al igual que su antecesora ha corrido con suerte, aunque decir “suerte” sea un exceso y una inexactitud, porque atiende la necesidad de contar con una narración panorámica, fundada y actualizada del saber histórico. Me asomo a la edición que tengo a la mano, y en 2011 ya circulaba la octava reimpression de 15 mil ejemplares “más sobrantes para reposición”.

Entiendo que esos son los antecedentes de la colección Historias Mínimas de El Colegio de México. Una idea magistral. Solicitar a un autor calificado en el tema una versión general, fundada y puesta al día del devenir de un país, una región, un área del conocimiento, una cuestión, un proceso social, o lo que a usted se le ocurra, porque todo puede ser historiado.



ii. Me gusta el beisbol. Sé que lo interesante son los partidos. Pero es un deporte que ha explotado las estadísticas como ningún otro. Y las mismas son hoy como un aura que acompaña a la competencia. Guardando todas las distancias, la riqueza de las historias mínimas se encuentra en sus páginas. Pero vale la pena —creo— presentar algunas estadísticas, quizá sólo por el gusto por las mismas, pero también porque ilustran el asunto del que estamos hablando. Tomé 40 tomos —al llegar me enteré de que ya eran 42—, pues bien, resultó que 24 eran ediciones en exclusiva de El Colegio de México, 15 coediciones con Turner y una coedición con El Colegio Nacional. Conclusión: se trata de una serie que avanza con los recursos propios de El Colegio y con asociaciones que imagino resultan venturosas para multiplicar la visibilidad y distribución de las obras. Una ruta doble que aumenta las posibilidades de que una historia encuentre a sus lectores.

El texto más añejo es por supuesto la ya mencionada *Nueva historia mínima de México* y hasta 2009 no encontré un nuevo



libro. Luego, en 2010 se publicaron cuatro; en 2011, tres; 2012, cuatro; 2013, cuatro; 2014, nueve; 2015, nueve; y en lo que va de 2016, cinco. Es decir, la colección ha tenido un impulso importante en los últimos años, especialmente a partir de 2014: 23 de los 40 títulos aparecieron en 2014, 2015 y 2016, el 57.5 por ciento. Una tendencia ascendente. En buena hora.

Las historias mínimas pueden serlo de todo. Ese es su potencial, su promesa. Pero tres grandes campos ordenan buena parte de las publicaciones: 1) México, por supuesto, con 11 libros (sobre sus relaciones exteriores, la migración hacia Estados Unidos, el PRI, la cultura, la economía, la literatura del siglo XX, las constituciones, la vida cotidiana, la educación, la transición democrática y por supuesto la historia); 2) América Latina con seis libros (población, esclavitud, deuda externa, ideas políticas, expansión ferroviaria y constitucionalismo) y 3) la historia de países y regiones, con 14 libros (Argentina, Perú, Chile, Cataluña, Las Antillas, Centroamérica, Estados Unidos, China, Bolivia, Cu-

ba, España, País Vasco, Corea y Japón). Y de *tutti frutti*. Nueve textos que no caben ni tienen por qué hacerlo en la clasificación anterior: literatura de España, música de Occidente, mitología, Revolución cubana, neoliberalismo, siglo XX, lengua española, derecho en Occidente y el cosmos. Una oferta variada, pertinente, interesante.

Se trata de un esfuerzo que parte de una premisa fundamental: difundir el conocimiento especializado, académico, de vanguardia, a un público no experto pero interesado. Resulta fácil enunciar la intención, pero se requieren de capacidades especiales para cumplir cabalmente con la misión. En primer lugar, contar con el conocimiento suficiente; en segundo, traducirlo a un lenguaje accesible; en tercero, resumirlo sin que por ello se pierda lo esencial y, cuarto, no realizar concesiones al supuesto o real “atraso” de los posibles lectores. Se trata de obras que pueden ser leídas y consultadas por lectores del común, pero también por los especialistas en los temas. Porque deben estar escritas en un lenguaje inteligible, llano, pero sin descuidar ni vulgarizar el conocimiento especializado.

Las decenas de tomos que hoy circulan están empezando a construir una especie de saga enciclopédica. Por supuesto, nadie a estas alturas y en su sano juicio puede o debe pretender confeccionar una suma del conocimiento, pero las historias mínimas pueden no tener fin porque temas y procesos jamás faltarán.

III. Permítanme contarles ahora un capítulo personal reciente que ilustra —creo— la utilidad de las historias. Se trata de un botón de muestra, sólo eso, que intenta ejemplificar la relación virtuosa de un lector con un libro de la colección.

Hace muy poco cumplió 90 años Fidel Castro, personaje central y más que polémico de la historia de América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Quería hacer una nota de prensa con ese motivo. Me interesaba sobre todo subrayar la mutación que había sufrido en los años sesenta. De encabezar un movimiento nacionalista, democrático, justiciero que intentaba desplazar del poder al dictador Fulgencio Batista y restablecer la vigencia de la Constitución de 1940, lo que suponía elección

es, pluralismo político, libertades individuales, a un liderazgo que acabó no sólo alineado con la URSS, sino diseñando una Constitución (ya en los setenta) a imagen y semejanza de la soviética. No quería omitir las agresiones que había sufrido la Revolución cubana por parte de Estados Unidos y tampoco cómo la inmensa mayoría de los gobiernos de América Latina la habían expulsado de la OEA y habían tendido un cerco para aislarla, pero sobre todo deseaba recuperar declaraciones de Fidel antes del viraje, que ilustraran con claridad su ideario anterior. Pues bien, recordé el libro de Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana* (2015), que había leído, disfrutado y subrayado. Me había dado una versión sintética y analítica de esa polivalente experiencia y por ello fui a hojearlo y encontré mis marcas en el libro. Por supuesto, esa consulta facilitó la elaboración de mi artículo.

Pongo ese ejemplo, porque las historias mínimas son, sí, un acercamiento panorámico a muy diversos temas, pero resultan además obras de consulta en circunstancias especiales. Esa es otra utilidad que quiero destacar de los libros que estamos comentando.

IV. Por otra parte, hace varios años, creo que en 2010 o en 2011, el entonces presidente de El Colegio de México, Javier Garciadiego, y el responsable de sus publicaciones, Francisco Gómez, me invitaron a realizar una “historia mínima de la transición democrática mexicana”. El proyecto me entusiasmó y por supuesto se los agradecí. Un poco más de diez años antes había escrito junto con Ricardo Becerra y Pedro Salazar un libro titulado: *La mecánica del cambio político en México* (Cal y Arena, 2000), que describía y analizaba ese proceso. Pues bien, me dí a la tarea de confeccionar una versión sintética y para difusión del que creo es un proceso central para comprender al México de hoy. Pero no se trataba de repetir lo escrito, tampoco de sintetizar solamente, sino de escribir esa historia centrándome en lo fundamental, peinando el relato de lo accesorio (o de lo que yo consideraba accesorio), ofreciendo la información básica y fundamental al lector, y tratando de que el

ciclo fuera comprendido. Al mismo tiempo, tenía que buscar los cuadros y gráficas fundamentales que ilustraran el trayecto electoral que permitió a México transitar de un sistema casi monopartidista a otro pluralista y equilibrado y de elecciones sin competencia a otras altamente competidas, modificando con ello todo el espacio de la representación en las instituciones estatales.

Fue un trabajo placentero pero más complejo de lo que pude imaginar al inicio. Requirió una redacción inédita, detectar la nuez de cada uno de los episodios y recrearlos de la forma más apretada posible, encadenarlos no sólo en el tiempo sino lógicamente, hacerlos transparentes para un potencial lector no acostumbrado al léxico especializado o pseudoespecializado y ofrecer una secuencia que rescata el significado profundo de un proceso político inédito en nuestro país. No diré que lo logré; eso, en todo caso, debe decirlo quien se acerque al libro. Lo que quiero destacar es que la tarea de hacer una “historia mínima” no es un asunto sencillo y menos una derivación natural y mecánica de otras obras, sino una creación singular y con ciertos grados de dificultad (disculpen que tome esta expresión de los clavados y la gimnasia, pero es que acaban de concluir las hipnóticas Olimpiadas).

Las historias mínimas, en buena hora, llegaron para quedarse y expandirse. Son una apuesta editorial valiosa, que puede coadyuvar a trascender las fronteras de la academia, que pretende poner en manos de los lectores conocimiento probado en muy distintas materias y que ayuda a hacer de la conversación académica y la conversación a secas circuitos mejor informados y formados.

Y tiene una virtud extra. Sus posibles temas son inacabables, infinitos. Son tantos como nuestra imaginación sea capaz de enumerar, tantos como autores se encuentren dispuestos a desarrollar una exposición en el tiempo. Porque al final y al principio, no existe nada bajo el Sol que no sea resultado de una historia. **U**

Texto leído en la presentación-celebración de la colección Historias Mínimas de El Colegio de México, el 24 de agosto de 2016.